

LA CASITA BLANCA

Jamás, jamás olvido
 nuestro campestre nido,
 nuestra casita blanca, muy pequeña,
 pero muy apacible y muy risueña;
 ni su Venus de yeso deslustrada
 que entre verdes arbustos escondía
 su desnudez ajada;
 ni el sol, que al suave declinar del día,
 á través de los vidrios parecía
 ojo enorme del cielo esplendoroso,
 que atisbaba curioso
 nuestras largas comidas silenciosas,
 derramando sus vivos resplandores
 sobre el blanco mantel y las vistosas
 cortinas de colores.

EUGENIO MANUEL.

CANCION DE MUERTE

(1870)

—¡Oh, padre! ¿Adónde vais?—Voy decidido
 á defender la patria que idolatro.

—Tan santa obligación ya habéis cumplido.
 La cumpliremos hoy, como es debido,
 nosotros. ¡Somos tres!—¡Seremos cuatro!

*
* *

—Ha muerto con las armas en la mano
 el menor, sin volver atrás los pies.
 El triste hogar reclama al padre anciano.
 ¡Marchad! Para vengar á nuestro hermano,
 bastamos. ¡Somos dos!—¡Seremos tres!

*
* *

—¡El sacrificio es demasiado duro!
 ¡Padre, marchad! No nos protege Dios.
 Mi otro hermano murió; mas de seguro
 los dos serán vengados: ¡Os lo juro!
 Con uno bastará.—¡Seremos dos!

*
* *

—Murieron los tres hijos que tenía;
 pero la patria, que salvar quería,
 mi abnegación agradecida ve.
 Yo, valeroso voluntario un día,
 aunque solo ya estoy, los vengaré.

LA BERLINA

CROQUIS PARISIENSE

Vi en el fondo sin luz de una berlina
 blanco perfil de una mujer divina.
 Un relámpago fué; pero aún me asombra.
 Era serena y pálida su frente,
 y hundida en el misterio de la sombra,
 pasaba desdeñosa, indiferente,
 cual si anhelase su alma
 quietud y soledad, silencio y calma.
 Despareció; pero con loco empeño
 fué tras ella mi ensueño,
 y mi vida llenó por un instante
 aquel súbito ensueño delirante.

Tú sonríes quizás, lector sesudo;
 y yo de ti me apiado,
 pues comprender no logras, ¡desdichado!,
 cómo mi corazón traspasar pudo
 la flecha que aún hoy siento dolorosa,
 al volver una esquina
 y ver el perfil blanco de una hermosa
 en el fondo sin luz de una berlina.

TEODORO DE BANVILLE

AL AMANECER

Ven; toma, hermosa mía,
 el sombrero de paja.
 Despuntando está el día;
 pero aún nadie se agita ni trabaja.
 Salgamos; esta es la hora
 de ver surgir la sonrosada aurora,
 y de coger las campesinas flores
 que obtienen tus favores.
 Verás correr el manantial sonoro,

y á sus bordes, con tímidos arrullos,
 los nenúfares de oro
 inclinar los capullos;
 oirás en los huertos y en los prados
 sonar con ecos lentos y apagados
 la pastoril canción en los apriscos;
 y la brisa que trémula resbala
 el dulce aroma nos traerá que exhala
 la flor de los manzanos y los priscos.

LOS JARDINES

Cuando está libre mi espíritu
 de recelos y zozobras,
 contemplo en sueños, que á un tiempo
 me deleitan y acongojan,
 los jardines, ya siniestros,
 llenos de silencio y sombra,
 donde vi á mis adoradas
 en otra edad más dichosa.

Son los rosales de entonces
 cerril matorral ahora,
 en cuya sucia maraña
 no se abren ya frescas rosas.
 Las urnas de blanco mármol
 el tiempo quiebra y destroza;
 los ruiseñores huyeron
 de las espesuras lóbregas;
 las Ninfas y los Silvanos,

de diestro artífice gloria,
 al suelo caen medio envueltos
 por las hiedras trepadoras;
 en los andenes borrosos
 las malignas hierbas brotan;
 en los parterres floridos,
 cubiertos de verde alfombra,
 donde iluminó propicia
 la luna, triunfal antorcha,
 lujosos trajes de seda
 y resplandecientes joyas,
 dan las ortigas y zarzas
 cosecha de abrojos pródiga;
 en las tazas de las fuentes,
 azules, si el cielo copian,
 los nenúfares y musgos
 las risas del agua borran;